

21 DE DICIEMBRE

SANTO TOMÁS

SANTO Tomás!

En vísperas de este día, en las aldeas y en las casas de los que son amos, no se habla de otra cosa. En las primeras, las aldeanas haciendo los preparativos para ir al mercado, separando á un lado el consabido regalito: un par de capones de los gordos y algunas frutas, para obsequiar dignamente á sus señoritos, al propio tiempo que los baserritarras hacen sus cálculos para corresponder con la eterna obligación; en las segundas, la echekoandrea dispone la distribución de las bacaladas, cajas de jaleo y fruta en dulce, los turrone de Alicante, chocolates, botes de conservas y botellas de licores; entre tanto el echekojauna hace una relación nominal de los inquilinos (si tiene muchos) con expresión de la denominación y punto donde radican los caseríos y cantidades que rentan.

En la capital, al llegar ese día, la animación es grandísima; centenares de aldeanas y baserritarras, concurren á la villa, las unas al mercado, los otros á casa de sus amos, sin perjuicio de que las primeras, una vez hechas sus ventas, hagan su correspondiente visita á sus señoritos.

La plaza del mercado se ve llena de géneros, propios en este día; la aglomeración de compradores y espectadores es grandísima, no se puede dar un paso sin hacerse acreedor á algunos pisotones y apreturas; la animación y el bullicio, como el cambio de impresiones entre los aldeanos, es la nota del día.

Los amantes de la tradición vasca, contemplamos, llenos de entusiasmo, el ir y venir de los *baserritarras*, pues su presencia evoca recuerdos gratísimos del pasado; las *chirenadas* y contratiempos de alguna cacería acuden á nuestro pensamiento; nuestro espíritu se reconcentra en la aldea; pasamos el puente de antiquísima construcción de piedra que, por la acción de los años, está coronado de trepadora yedra y aromática madreseña; caminamos por la blanca y serpenteada carretera, en cuyas orillas se levantan erguidos y bien alineados los altos chopos; encontramos al cartero-recadista que nos entrega una misiva; pasa á nuestro lado la *neskacha* que, con la herrada airoosamente colgada al brazo, á la fuente se encamina esbelta, cantando el religioso zortziko de despedida:

Agur, nere biotzeko
amacho maitea,
laister etorriko naiz,
konsola zaitea.

.....

Y saltando como un corzo se interna por el castañar, donde el eco del resto del zortziko, se une al murmullo de la fuente y al susurro de las frondosas copas de los castaños.

Oímos el ¡aída! de los boyeros que al frente de su pareja de bues, van á manera de crucificados con el *akullo* detrás del cuello y las manos en los extremos de la vara, todos silenciosos, andando al compás de sus rechinantes carros; silencio alterado solamente para volver á exclamar repetidas veces: ¡aída! ¡aída-gorri!....

Nos dirigimos al cerrado bosque, accesible tan sólo por estrechos senderos, protegidos por ambos lados por las zarzas y espinos, sirviéndoles de techumbre los largos sarmientos de parra silvestre y las ramas de rústicos rosales, llenos de hojas, espinas y rosas, entrelazados por miles de guirnaldas con sus campanillas violetas y blancas, y al fondo, á derecha é izquierda, las margaritas, azucenas y flores de San José, diseminadas por el mullido césped, y entre el musgo los lirios, y más ocultas las humildes violetas; oímos cantar al ruiseñor que vuela de rama en rama, de ésta al suelo, y de él le vemos coger un gu-sanillo....

Cruzamos el sombrío bosque, donde viven en comunidad los ro-

bles, fresnos, encinas, chopos, avellanos, etc., etc....., revestidos, algunos de ellos, de trepadora yedra que va enroscándose por troncos, brazos y ramas, y éstas, enlazadas unas á otras, forman una espesa y amplísima bóveda que hace impenetrables (por el verano) los rayos del sol; pasamos el pequeño y rústico puente construido con troncos y brazos de roble, ó brincamos el arroyuelo coronado de plantas acuáticas y peñas; y, á un lado y otro, las mimbreras y los sauces, son mecidos por el viento; salvamos obstáculos, malezas y barrancos, y por entre flecados, suaves y frescos helechos, pisando finísima hierba y las hojas heridas por los potentes rayos del refulgente Febo, nos internamos en el bosque y contemplamos las bellezas salvajes de la madre Naturaleza....

Descargamos nuestras escopetas en pos de la codiciada caza; nos sentamos al pie de un tronco rodeado de hongos ó setas, con sus casquetes ó chapelas, y oímos los armoniosos cantos de los ruiseñores, las sonoras notas de las malvises, los suaves gorgojeos de los pajarillos y los melodiosos silbidos de los tordos, cuyos ecos unidos al susurro que las auras suaves producen al chocar con los árboles, forman el conjunto y armónico himno al Creador.

¡A quién, pues, no ha de serle grata en este día la visita de los baserritarras si tan dulces recuerdo; nos evoca! Si con su presencia, con nuestras íntimas conversaciones, nos transportamos por arte de encantamiento al rincón más apartado de la aldea, donde los pájaros con sus trinos, las aves con sus cacareos, sus montañas y llanuras, sus bosques y ríos con todos sus encantos, es nuestra distracción en todo tiempo.

Por esto, el día de Santo Tomás, es para el país basco una fecha simpática y tradicional; para los dueños de los establecimientos de las siete calles, representa una buena salida de géneros de todas clases; para los amos ó propietarios rurales, un día de trabajo y cobro, y para los sencillos aldeanos, el vencimiento de un año de renta.

Entre las escenas que tienen lugar entre casero é inquilino, las hay para todos los gustos, pero la nota que más se destaca es la democrática. Las conversaciones recaen sobre las pérdidas de las cosechas, principalmente la del txacoli, manzana y borona, que presentaba buena muestra en flor, destruyendo sus sueños dorados las heladas, granizos, etc., etc., lamentándose, al propio tiempo, de las enfermedades y muertes del ganado, y participan en general las alegrías, cambios y desgracias acaecidas en la familia.

¿Quién no recuerda, con este motivo, las chispeantes reseñas de estas escenas del ingenioso escritor Argos desaparecido, por desgracia, de entre nosotros?

.....

Así van desfilando durante la mañana los inquilinos que vienen á la villa con el referido regalito colgado del indispensable *makilla* sin olvidarse del paraguas, su artefacto inseparable en las excursiones que suponen alguna distancia

¡Cómo olvidar el paraguas y el *makilla*! Sería una imprevisión y un atentado á la tradición del *baserritarra* basco.

Y es que el aldeano basco es muy previsor, y, por lo que puede caer, no olvida el paraguas, como tampoco el *makilla*, sin el cual, creo, sin temor á equivocarme, que no acertaría á llevar con tanta marcialidad el presente que dedica á su amo, ni los pares de besugos, bacalaos y efectos que á su regreso ha de llevar al caserío.

¿No os parece que sería el colmo de la excepción, ver á un *baserritarra* portador de una cesta á la manera que es llevada por una «Menegilda» ó un ordenanza?

El aldeano basco, ante todo, tiene carácter varonil; es altivo y noble; por eso, cuando los contemplo en ese día, erguidos y caminando á pasos forzados, llevando al hombro su *makilla*, y colgado de él la cesta con los capones y demás zarandajas, ó los besugos, bacalaos y otros efectos, digo para mí: «Hé ahí un apunte más á favor de la entereza de la raza basca».

ENRIQUE DE ESKAURIAZA.

